



La escritora francesa Laurence Debray, retratada en Barcelona. TONI ALBIR / EFE

Novela. Laurence Debray ajusta las cuentas con sus padres, el filósofo Régis Debray y la antropóloga Elizabeth Burgos, en 'Hija de revolucionarios'

MAYO DEL 68 Y EL 'GUERRILLA CHIC' DE LA BURGUESÍA PARISINA

POR MATÍAS NÉSPOLO
BARCELONA

La historiadora francesa Laurance Debray vivió buena parte de su vida ignorando por completo quiénes eran sus padres. A raíz de su primer libro, *Juan Carlos de España*, sobre la figura del monarca y la Transición, un periodista le preguntó si podía confirmar la versión de que su padre había sido el delator y responsable de la muerte de Che Guevara en

Bolivia. «Me di cuenta de que había vivido en una burbuja. Le pregunté a mi padre y rechazó el diálogo, no pudo responderme», recuerda la escritora.

Allí comenzó «una investigación de la búsqueda de la identidad», de carácter más privado que historiográfico, que ahora publica Anagrama: *Hija de revolucionarios*. Lo que descubrió entonces la hija del filósofo francés Régis Debray no casaba con «la imagen de intelectual que trabajaba en casa ni con la figura del consejero del presidente François Mitterrand». Tampoco la de su madre, la antropóloga venezolana exiliada en Francia Elizabeth Burgos, con la respetable directora de la Maison de l'Amérique latine en París durante años que recordaba. «Mientras escribía el libro veía imágenes casi de Hollywood de un súperguerrillero y una revolucionaria y no lo podía creer», admite. Lo cierto es que ambos provenían de familias

acomodadas y abrazaron la Revolución cubana. Su padre no sólo se enroló a la guerrilla del Che en Bolivia, sino que fue detenido, torturado y condenado a 30 años de prisión, aunque finalmente fue liberado tras cuatro años de cárcel gracias a la presión de la diplomacia francesa.

«Quería entender cómo un burgués parisino, formado en la Escuela Normal, que estudiaba filosofía, se mete a guerrillero en Latinoamérica y ni siquiera hablaba español», recuerda Laurance. Y otro tanto dice de su madre, que hizo por su cuenta méritos revolucionarios, «porque es una mujer de personalidad fuerte y nunca se contentó con ser la esposa del héroe». De esos interrogantes de carácter familiar o privado surge una obra que retrata en buena medida a toda una generación revolucionaria, la del 68, y a la de sus hijos, que de alguna manera ajustan las cuentas. Cosa que la autora no niega, sólo

matiza: «No es un libro contra ellos, sino un balance de una generación a otra, cuando ya ha acabado hace mucho la Guerra Fría».

En concreto, en cuanto a las infames sospechas que recaían sobre su padre como entregador del Che, Laurance descubrió en los archivos que el delator fue otro compañero de presidio y de combate, el guerrillero Ciro Bustos. Pero de todos modos eso no lo exonera, ni tampoco a su madre. «Estaban demasiado ocupados en cambiar el mundo y no fueron unos padres modelos», confiesa la autora. «Tengo la impresión de haber escrito una carta de disculpas de mis padres hacia mí», completa la escritora que sí recuperó gracias a la obra la intimidad con sus abuelos, tanto los paternos franceses como los maternos venezolanos, que en buena medida la criaron.

Pero lo que sí esperaba la hija de revolucionarios, que se define como «una mujer pragmática y

hermética a toda ideología», era «iniciar un diálogo» con sus padres. Y se ha llevado una «gran decepción» porque una y otro están aún encerrados en sus convicciones, y se muestran reticentes a revisar «un pasado que recuerdan con dolor». «Tenían la misión de salvar América Latina y vivían en una tragedia permanente. Creo que fueron felices en la lucha armada, aunque ellos no lo digan así», aclara. «Pero no sé cómo salieron psicológicamente de todo aquello», completa, «porque su adaptación a la vida normal, y peor aún, a la vida familiar, dejar la revolución para ir a la oficina, es un enigma que fue muy duro para ellos», recuerda.

En definitiva, lo que le echa en cara Laurance Debray a sus mayores en esta obra que ha recibido el Prix du Livre Politique 2018 es que se trata de «una generación que sigue aferrada a sus mitos». «Pero para mi generación es necesario deconstruir esos mitos para seguir avanzado», concluye.